

Oswaldo Estrada (editor), Rosa Beltrán: afectos literarios y el arte de narrar, Ciudad de México, Bonilla Artigas Editores, 2023, pp. 362

David Loría Araujo

UNIVERSIDAD MODELO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE YUCATÁN

Me atrevo a decir que la obra de Rosa Beltrán (Ciudad de México, 1960) no había sido aprehendida como un conjunto tan consolidado, tan unificado, tan coherente como el que observa el grupo de investigadoras e investigadores que publican trabajos críticos en el volumen *Rosa Beltrán: afectos literarios y el arte de narrar*, de muy reciente creación. “Ya era hora de que apareciera un libro crítico dedicado a su obra multifacética” (14), aplaude en las primeras páginas Sara Poot Herrera, de cuyas manos recibió Beltrán el Premio Excelencia en las Letras José Emilio Pacheco en 2022. Para estudiar a detalle y disfrutar con mejores herramientas la prosa incisiva, proteica y perspicaz de esta autora mexicana —tres adjetivos de cuyos sinónimos está plagado el libro entero— ha llegado a nuestras manos este monográfico ejemplar, gracias a la cuidadosa edición de Oswaldo Estrada.

La encomiable solidez de la obra de Beltrán es analizada en estos textos como un *archivo* de vidas, como un *inventario* de cuerpos, como un *repertorio* de encarnaciones diversas, sobre todo de mujeres o disidencias heterogéneas e impredecibles, cuya narrativa vital no está sujeta —al menos no de manera rotunda— a los mandatos hegemónicos en turno. El mismo Estrada, quien ya había dedicado a Beltrán un capítulo de su célebre antología de estudios críticos *Ser mujer y estar presente. Disidencias de género en la literatura mexicana contemporánea* (UNAM 2014), ratifica que la autora “presenta la subjetividad de las mujeres como producto de experiencias históricas y culturales que cambian constantemente” (23)

y que, de hecho, así resisten a la instrumentalización, a volverse personajes tipo. Asimismo, repito las palabras “archivo”, “itinerario” y “repertorio” para destacar el acervo de decisiones bien tomadas en cuanto al hilo fino con que la escritora cautiva, ya sea a través de la rigurosidad del ensayo, el rompecabezas de la novela o el artilugio del cuento, tal como sacan a relucir también estos ensayos. Quizá por eso el libro se titule así: *afectos literarios y el arte de narrar*.

Desde hace algunos años, la crítica nos viene advirtiendo que ya se hacía tarde para poner sobre la mesa el abordaje de las emociones y los afectos en los textos literarios. A partir del así llamado ‘giro afectivo’, se nos invita a observar cómo —a través de qué sintagmas, operaciones retóricas, campos semánticos o vínculos intertextuales— los procesos escriturales muestran aquello que ‘pasa’ por los cuerpos y, por tal motivo, tiene efectos tanto en los personajes como en el público lector. De este modo, toda maniobra con dichas sensaciones es una manera de ‘extrañar’ el lenguaje y, por supuesto, se convierte en una intervención con alcances políticos. El compilador de este monográfico lo deja muy claro: Beltrán pone el reflector en el afecto como “llave maestra”, como “sello distintivo”, como “vía de acceso directo”. Los trabajos recopilados no sólo certifican esta potencia afectiva a través de citas de Judith Butler o Sara Ahmed, sino que la ubican indiscutiblemente en el cuerpo y la identidad de los personajes creados por Beltrán. Su proyecto literario está lleno, como este grupo de diecinueve ensayos, de corporalidades o subjetividades que trepidan, que fluctúan, que se transforman.

Asimismo, este libro exhibe un tejido fino de bibliografía secundaria, una red de voces atentas a la escritura de la actual directora de Difusión Cultural de la UNAM, puesto que le ha sido recientemente ratificado. La mayoría de los ensayos compilados en sus cuatro secciones dialogan con textos que ya se han vuelto de consulta, si no obligada cuando menos conveniente en caso de querer acercarnos al universo de su prosa. Quisiera hacer notar, en relación con este mapa de coincidencias, que varios de los textos refieren no sólo al libro ya mencionado del mismo Estrada sino también a la entrevista realizada por Cheyla Samuelson a la autora en 2017, “La escritura como refugio y punto de resistencia”, a modo de antesala o punto de anclaje para los argumentos que presentan. No está de más decir que, a su vez, algunos estudios ramifican el tejido hacia la relación de los cuentos, novelas y ensayos de Beltrán con los de otras autoras, tanto mexicanas como extranjeras: Valeria Luiselli, Cristina Rivera Garza, Gabriela Weiner, Mayra Santos Febres, por mencionar algunas.

De igual modo, la intención panorámica del volumen “remedia” en cierta instancia las cortas atenciones o los breves ‘olvidos’ hacia algunas de las obras menos estudiadas por la crítica especializada. Se ha logrado armonizar casi una veintena de trabajos —algunos con mayor precisión metodológica, anclados en la

teoría; otros con un tono más lúdico, concentrados en divulgar el gozo por su lectura—que atienden diversas aristas (en temas, en corpus) y, a su vez, revelan otras ventanas que quedan como asignaturas pendientes por explorar. Me voy a lo pragmático: este libro editado es elemento indispensable para quien desee producir investigación, preparar una sesión de clase o revisar con sus estudiantes materiales que giren en torno a la escritura de Beltrán.

Radióloga precisa, al decir de su amiga y escritora coetánea Mónica Lavín, cuyo texto concluye el libro, Rosa Beltrán es una lectora casi científica que nos permite reconocernos con incisiva sátira, que nos permite pensarnos con ojo quirúrgico. Con este acervo de miradas, firmadas por críticas y críticos de México y los Estados Unidos, podemos tener la certeza de que Beltrán está observando para pronto dar la punzada.